

# EL ECO LITERARIO.

## LEGISLACION.

### DEL MATRIMONIO.

#### ARTICULO 1.º

**C**UANDO la filosofía echa una ojeada sobre las diversas instituciones sociales, la que en primer término, digámoslo así, se presenta ante sus ojos es la del matrimonio. En él vé el nacimiento de las familias, como en la reunion de estas el de las naciones; y examinado bajo este punto de vista ofrece un vasto campo al estudio y á la meditacion del publicista.

Escasas son nuestras fuerzas y muy limitadas las columnas de nuestro periódico, para tratar de tan importante materia con la estension que la grandeza del asunto requiere; pero no obstante esto, procuraremos abordar algunas de las cuestiones que emanan de semejante institucion, con la ligereza que nos sea posible, absteniéndonos de dilucidarlas en el terreno religioso hasta el cual no osará nuestra flaqueza á penetrar. En nuestro trabajo consultaremos únicamente á la razon, y nos permitiremos estampar sencillamente lo que la razon nos dicte.

No está circunscrito el objeto del matrimonio á la satisfaccion y goce de los placeres de los sentidos, no corre el hombre en pos de la muger como los irracionales detrás de la hembra de su especie para conseguir una union fugaz, para recrearse en un deleite pasajero. Guiado por su razon y por su gusto exquisito, busca mas bien en el casamiento la satisfaccion del alma y pretende con él llenar el vacio que advierte en su corazon.

Confundidas en una las voluntades de dos personas de diferente sexo por medio de las tiernas simpatías que las enlaza y que crean el amor que mas las estrecha, viven, si nos es permitido esplicarnos así, una en la otra, y en el matrimonio que ha de coronar sus votos descubre un porvenir matizado con galanas flores. Llega el deseado instante y principia para ellos otra existencia, origen de nuevos deberes, pero tambien manantial fecundo de nuevas satisfacciones.

Y estas satisfacciones se aumentan hasta un punto inesplicable, cuando el hombre, en el niño que apenas fuerza para moverse tiene, se vé reproducido; y sus esperanzas se estienden mas allá de lo que se puede decir. El hombre se hace gigante en su espíritu y cree ser mas que un hombre. Aumentanse, es cierto, sus obligaciones, mas con usura es recompensado con los placeres sublimes que experimenta.

No se crea que la influencia bienhechora de la institucion del matri-

monio se limita al individuo, porque alcanza y de una manera muy ventajosa al cuerpo social. El hombre que tiene esposa, que tiene hijos, resiste la tentacion del mal, y nunca ó raras veces se arroja en el camino del crimen, porque no solo le contiene el temor del castigo; el que será de su muger y de su prole querida, esa duda sobre su suerte futura ataja sus pasos y le hace retroceder en el mismo momento en que pone los pies en el umbral del delito.

Por eso en todos los pueblos y en todas las edades se ha procurado, fomentando la celebracion de este contrato y hasta divinizándolo, secundar el mandato que nos ha impuesto la misma naturaleza.

Hasta qué punto tales disposiciones fueron convenientes y llenaron el obgeto que se propusieron los legisladores, no nos cumple examinarlo en la actualidad, prometiendo hacerlo en otro dia.

Como el matrimonio es esencialmente un contrato, la base de su estabilidad y firmeza es el consentimiento, debiendo ser la manifestacion de la voluntad libre, tan explicita que no admita ni la posibilidad de la duda.

Para emitir nuestro parecer acerca de las cuestiones que se ventilan en esta materia, nos atenderemos á la naturaleza y fines del matrimonio, que podemos decir consisten en la procreacion y educacion de los hijos, y en el reciproco auxilio que han de prestarse los consortes en el comercio de la vida.

#### *Cuantas personas han de constituir un matrimonio.*

Sentado lo que llevamos dicho, lo primero de que nos incumbe ocuparnos es indagar el número de personas entre quienes haya de celebrarse este contrato.

Un hombre, una muger: estas son las personas que la misma naturaleza designa para la constitucion de un matrimonio: la pluralidad de individuos de uno ú otro sexo se opone á que se realicen los fines de semejante institucion. De estos los mas principales son procrear y educar los seres procreados: todo lo que tienda á impedir que esto se consiga es de seguro repugnante á la razon, y esta por consiguiente lo rechaza.

Ahora bien, ¿con la poliviria se llenan, se pueden llenar estos obgetos? Ciertamente que no. La esperiencia nos ha hecho ver que son estériles las mugeres que cohabitan con muchos hombres, y la conciencia nos dice que estos, ni tienen, ni es posible que tengan mucho cariño á una muger comun ni á hijos de padre dudoso, cariño sin el cual no cabe emplear la solicitud, los cuidados prolijos que conservan la existencia del recién nacido, que necesita apenas un ademan para perecer, mas quebradizo todavía que frágil barro; ni sembrar en su mente vírgen y en su corazon niño las semillas de la educacion, para que produzcan en su dia, y sus frutos le precavan de ser arrastrado por el huracan de las pasiones, y le abran la senda que ha de atravesar en su peregrinacion sobre la tierra. Podrá tenerles algun aprecio, pero nunca sentirá en su pecho el amor conyugal y la ternura filial que son los suaves vínculos de la sociedad doméstica.

Una sociedad en que la poliandria fuese lícita, y en que otra cosa no se conociese, la carcoma de la corrupcion roeria sus entrañas, y ese verdadero lupanar no tardaria á convertirse en un desierto.

La poligamia ha sido defendida por muchos, y aun en la actualidad sostienen algunos que no se opone á la naturaleza. Voy á apuntar la principal razon en que se apoya esta creencia, y no dudo hacer ver palmariamente con bien pocas razones, que con la union de un hombre con muchas mugeres no se consigue llenar todos los fines del matrimonio.

«En la poligamia, se dice, se consigue la procreacion, luego no es opuesta á la naturaleza.” Esta ha prescrito el deber sagrado de educar á los seres nacies, y tal educacion no es obtenible. Cien y cien raptos de celos han de tener en pugna continua, han de crear eterna rivalidad entre mugeres que se disputan las caricias de un hombre, tal vez sumiendo á algunas en un estado de postracion melancólica; y de esa perene hostilidad ó habitual tristeza, ha de ser forzosa consecuencia el descuido en la educacion de los hijos. Y aun siendo en extremo sollicitas las madres, tendrán estos el egemplo pernicioso de la enemistad y el rencor, y será infructuoso todo su esmero. El hombre por otra parte ha de tener mas predileccion á una que á otra muger, mas cariño á los hijos que le dé la que mas ame, tomándose precisamente mas afanes por estos y tal vez mirando con negligencia á los otros.

Todo esto que parece ser innegable, demuestra, si mal no discurro, que no es dable obtener en la poligamia una buena educacion; y siendo esto uno de los fines del matrimonio, es concluyente que á la naturaleza se opone. Esto sin contar que para las mugeres lo que deberia ser un manantial de dulces consolaciones, se convierte en cadena interminable de insufribles padecimientos.

#### *A qué edad se permitirá el matrimonio.*

Hay dos épocas en la vida humana que han de tenerse muy presentes para determinar la en que será conveniente permitir la formacion de la sociedad conyugal.

Nace el hombre, y hasta la primera vive sin saber qué es vivir, digámoslo asi: sus juegos, sus compañeros, lo que le rodea son sus únicos pensamientos; para él no hay mas allá fuera de este estrecho círculo. Las penas y los placeres le causan instantánea sensacion, cruzan por su fantasia cual chispas eléctricas, y sus dias van rodando entretenido en pueriles pasatiempos y en fútiles distracciones.

Un dia principia, pasa, y ya no es el mismo. Observa dentro de sí mismo un vacío y concibe un deseo indeterminado, vago, que procura comprender, y que al principio no alcanza sin embargo; pero ya no es cual antes un ser aislado, necesita de otra cosa que embellece su imaginacion y ansia si se quiere una nueva existencia. La suerte de una muger le interesa, y á su vista siente una cosa indefinible, que hace latir su corazon con mas violencia; son doradas sus ideas, y sus ensueños le presentan imágenes que fascinan su mente juvenil. Por fin la fuerza procreatriz se desarrolla completamente, y un grito de la naturaleza le prescribe la mision halagüeña de reproducirse.

Audaz, sin prevision y obediente ciego á sus impresiones agradables, á sus lisongeras ilusiones, es capaz de lanzarse en cualquier empresa sin meditar en las dificultades que siempre le parecen fáciles de superar, sin presumir que eterna desgracia puede ser el fruto de su loca osadía.

Tal es la criatura humana hasta la segunda época que me ha parecido fijar para resolver, segun mi dictámen, la cuestion de que me ocupo.

Llega, y el hombre ya es hombre en toda la estension de la palabra; discurre con calma, reflexiona con madurez, y sin dejar de consultar los impulsos de su corazon, piensa en otras cosas que han de influir en su venidero estado; calcula con detencion lo que va á hacer y se decide despues de un reflexivo exámen. Pocas veces se prenda de la hermosura del cuerpo, otra belleza, la del alma le cautiva; goza de hoy y fija sus ávidas miradas en mañana. Precavido antes de practicar un hecho, trata de adivinar el misterioso porvenir; aprecia el verdadero bien, y rara vez es seducido por apariencias engañosas. Sus facultades morales están desenvueltas.

¿Cuál de estas dos épocas es en la que deben tolerarse los matrimonios?

Si procrear fuera lo único que se hubiera de tener presente, yo no dudaria en opinar por la primera. Pero hay mas, se trata de la dicha ó desventura vitalicia de dos personas: se trata de inculcar en el espiritu de los hijos máximas saludables; debe procurarse que lo que debe ser origen fecundo de placeres no se convierta en mina impura de inagotables sufrimientos.

Estas consideraciones á la vista, la cuestion varia de aspecto, y no seré yo quien emita la opinion de fiar asunto de tanta trascendencia al capricho de un jóven irreflexivo.

Cuando el hombre es susceptible de mirar con serenidad lo venidero, cuando comprenda perfectamente la gravedad de las obligaciones que van á pesar sobre sí, cuando alcance los árdulos empeños que contrae, y crea tener bastante valor y medios bastantes para llenarlos cual le cumple, entonces y solo entonces creo que deberian permitirse los casamientos.

Y no se me diga que el amor debe decidir en esta materia, y que la edad de los amores es la primera. Verdaderamente lo es; pero el amor que entonces se concibe es ciego, pasajero en tanto grado, que se debilita tan pronto como se posee, que se estingue tan pronto como se conoce, y ese amor no puede labrar la dicha de dos seres. El amor reflexivo unido á la estimacion, á las cualidades morales no es así, porque se apoya en cosas imperecederas que duran tanto como las personas; y tal es segun pienso el que se siente el que se encuentra en la segunda edad.

*Pedro I. Miquel.*

---

## A LA LUNA DE VALENCIA.

(Continuacion.)

### VIII.

### CONFERENCIAS.

Dos meses habian trascurrido desde la última escena que tuvo lugar en aquella casa misteriosa, que el lector conoce ya, cuando un personaje, jóven todavia y de aspecto seductor, vestido con cierta elegancia que

hacia resaltar mas lo apuesto de su figura, llamó á la puerta de una casa de la calle de....

Un criado vestido con librea azul y verde se presentó á abrir: el forastero se sorprendió al verle, y creyendo haber equivocado la casa, preguntó con voz melosa:

--¿Doña Estefanía Gomez?

--Aquí vive.

--Pase V. recado.

--¿Y á quién he de anunciar?

--A D. Cárlos de Mendoza.

--Tenga V. la bondad de esperar un momento.

El forastero se quedó estupefacto, sacó del bolsillo una cartera, y abriéndola leyó en una hoja: «Calle de.... núm. 36.»

Esta es la casa, no hay duda, dijo. ¡Pero será posible que aquel hombre haya cumplido su palabra!... ¡Oh!... nos ha vendido vil y traídoramente, pero yo sabré vengarme.

Apenas pronunció estas palabras, volvió á aparecer el criado, y haciendo una profunda reverencia, dijo:

--La señora no recibe.

--¡Cómo! esclamo D. Cárlos. ¿Dice V. que la señora no recibe?

--Sí señor,

--¡Imposible! yo debo tener libre la entrada en esta casa á todas horas.

Y como se adelantase para entrar, el criado se puso delante, y con voz firme y hasta altanera replicó:

--Le he dicho á V. que la señora no recibe.

--Esa orden alcanzará á otras personas.

--Entre las cuales se cuenta D. Cárlos de Mendoza, añadió el criado inclinándose.

--¡Infame! murmuró aquel.

--Poco á poco, caballero.

D. Cárlos dió una patada en el suelo. El criado se quedó mirándole de hito en hito, sin atreverse á responder. Pero D. Cárlos reflexionó, y conoció que á malas no conseguiría nada. Resolvió, pues, tomar una determinación pacífica, sacó un papel y dijo:

--Puesto que la señora no recibe, entréguele V. esta carta.

--¿Necesita V. contestacion?

--Ya se la dará á V.

Y se disponía á salir, al tiempo que el criado le volvía la espalda.

D. Cárlos, á fuer de hombre precavido, no quiso abandonar el campo antes de tiempo, y persuadido de que lograria una audiencia, no hizo mas que dar una vuelta, y haciéndose el distraido se paró delante de un cuadro que estaba á la izquierda de la puerta de entrada, y representaba uno de los pasages de la vuelta del hijo pródigo. Cualquiera que hubiese visto á este hombre con la vista fija sobre aquel objeto, le hubiera tomado por un inteligente.

En este estado permanecia, cuando volvió el criado, y le dijo:

--Puede V. pasar adelante.

D. Cárlos sin pronunciar una palabra siguió á su guia.

Abrió una mampara, y haciendo un saludo bastante grotesco, volvió á anunciar de nuevo á D. Cárlos de Mendoza.

Muellemente reclinada en un hermoso sofá se veía una jóven, delante de la cual habia colocado un magnifico espejo de Venecia, con el obgeto sin duda de estudiar las fases de su fisonomía, en aquellos momentos en que las mugeres dan el golpe de gracia á sus amantes.

D. Cárlos se quedó sorprendido al verla, é inclinándose respetuosamente, la saludó con tanta timidez, como un mozalvete recién salido del colegio.

La jóven contestó con otro saludo, sino elegante, con visos de cierta modestia, ó mejor dicho, que revelaba cierta mezcla de temor y cortedad.

--Señora, dijo D. Cárlos, ¿seré indiscreto al preguntar si Doña Estefanía Gomez es á quien tengo el honor de hablar?

Un vivo carmin asomó al rostro de la jóven, que con los ojos fijos en el suelo casi pudo apenas articular estas palabras:

--Es mi tia á quien V. busca; tenga V. la bondad de tomar asiento: va á salir al momento.

D. Cárlos se sentó en una butaca que le indicó la jóven. Estuvo contemplándola un rato, y queriéndola echar de elegante y hombre satisfecho, cruzó una pierna sobre otra, y jugando con el baston que llevaba en la mano, exclamó:

--¡Oh, hermoso dia! casi incómoda el sol.

--Con efecto, repuso la jóven.

--Hace calor.

--Sí.

Pues señor, añadió D. Cárlos para sí, decididamente esta muger no quiere entablar conversacion conmigo.

No era extraño: un hombre que por primera vez se encuentra con una muger, que no es á quien busca, y que de buenas á primeras le habla del tiempo ú otras vulgaridades como estas, prueba que su mollera nó concibe ciertos recursos que el hombre pone en juego en lances como el presente, si camina á un obgeto fijo. Con efecto, el tal D. Cárlos de Mendoza, con toda su elegancia y aspecto seductor, no era mas que una de esas medianías que pululan en la sociedad, que llaman la atencion al primer golpe de vista, y desagradan tan luego como hay necesidad de sostener una conversacion, sobre todo si esta les viene de nuevo, ó cuando menos no tiene roce alguno con sus predilectas inclinaciones. Porque estos tales son como aquellas frutas cuya vista es hermosa, y que al partirlas, contienen en su interior un veneno que mata.

Breves momentos permaneció esta pareja sin dirigirse la palabra. La jóven por su parte no hacia mas que dirigir á hurtadillas una mirada al espejo. D. Cárlos continuaba jugando con su baston, como si fuese un tambor mayor. Si este hubiese tenido buen golpe de vista, de cierto no se escapára á su penetracion la ansiedad que en aquel momento dominaba á la jóven. Pero todas las cosas tienen un desenlace bueno ó malo, y la situacion en que se encontraba aquella pareja, debia tenerlo tambien. Efecto quizás de la casualidad, D. Cárlos que se hacia el distraido, y paseaba su vista contemplando cuanto habia á su alrededor, clavó maquinalmente sus ojos sobre el espejo, y vió reproducida la fisonomía de la que tenia delante.

--¡Cielos! exclamó de repente.

Y al mismo tiempo miró á la jóven.

--Sí, no hay duda, continuó, es Inés.

--¡Dios mío! prorumpió esta, estoy perdida si me conoce.... ¡Ah! es preciso negar á todo trance.

Y componiéndose el schal que habia dejado caer poco há sobre su cintura, se dispuso á sostener la lucha que le presentaba su adversario.

--Señora, dijo D. Carlos, si mi vista no me engaña, conozco mucho á V.

--No sé, caballero. Por mi parte aseguro á V. que esta es la vez primera que tengo el gusto de verle.

--Me parece que no. ¡Oh! no me cabe la menor duda, añadió con tono afirmativo: V. es Inés.

--Con efecto, ese es mi nombre, pero esto no da derecho á nadie para decirme que me conoce, la primera vez que se presenta en mi casa.

--Pero dá derecho el haberla visto á V. en otra parte, y....

--V. se equivoca.

--¡Cómo! no ha vivido V....

--En esta casa desde que estoy en Valencia, replicó la joven con orgullo, y tomando una actitud que revelaba habia sido herida en lo mas hondo del corazon.

Si D. Carlos hubiese asestado otro golpe tan rudo como este, indudablemente habria arrancado el secreto que intentaba descubrir. Pero ya hemos dicho que era hombre poco diestro. Quedó pensativo un momento y perdió la jugada. Quiso redoblar el ataque, pero ya era tarde: su contrario lo conoció, y estaba preparado. Le esperaba á pie firme.

--No, no es posible, exclamó D. Carlos; no puedo equivocarme. ¡Oh! sí, sí, V. es aquella Inés que yo buscaba, por quien he venido á esta casa.... y que la encuentro por fin.

--Ya le digo á V., caballero, que no le conozco: y ó modere V. ese descaro, ó llamo á mis criados para que le hagan salir como se merece.

Y al mismo tiempo cogió con su blanca mano el cordon de una campanilla.

Pero afortunadamente este paso no tuvo ulteriores resultados, porque al mismo tiempo se oyó la voz de una muger que decia con tono imperioso:

--Para nadie estoy en casa hasta nueva orden.

---

## POESIAS.

---

### LA PRIMAVERA.

Vuelve la estacion florida  
De la alegre primavera  
Levantando placentera  
Su frente hermosa la flor.  
Y en la alfombra matizada

En que luce sus colores,  
Entonan los ruiseñores  
Himnos mágicos de amor.  
Y embalsama el aire ledo  
Blanda brisa regalada,

Despuntando la alborada  
Con purísimo arrebol.

Su lágrima de ternura  
Vierte lánguido rocío,  
Reflejando el manso río  
Como en un espejo al sol.

Cual emblema de esperanza  
Un adiós la luna envía,  
Y al fulgor del nuevo día  
Su argentada luz durmió.

Virgen bella, astro radiante  
De dulcísimo consuelo,  
Al rasgar de noche el velo  
Que la esfera oscureció.

Y corrientes cristalinas  
En la yerba deslizadas  
Serpentean en arcadas  
Con su límpido raudal.

Y las plantas se columpian  
Al susurro del ambiente,  
Aspirando suavemente  
Su perfume virginal.

Al amante da su amada,  
Entre frescas alamedas  
Y entre bosques de arboledas,  
Una prenda de su fé.

Y el pastor, de su zagala  
Apacienta los ganados,  
Que sestean en los prados  
De las colinas al pie.

Porque entonces de la vida

Es mayor el poderío,  
Y palpita con mas brio  
En su ardor el corazón.

El placer es mas risueño,  
El dolor menos sensible,  
El sueño mas apacible,  
Y agradable la ilusión.

Todo es gozo y movimiento,  
Y recreo y hermosaura,  
Cuando pródiga natura  
Viste sus galas gentil.

Todo respira contento  
Cuando su luto destierra,  
Desde la empinada sierra  
Hasta el ameno pensil.

Cuando de hojas coronada  
Del árbol la ufana copa,  
Luce su brillante ropa  
Sobre mares de verdor:

Y en las ramas enlazadas  
De sus espesos tegidos  
Suspende un pueblo de nidos  
De los frutos de su amor,

Mas rica de tantas galas  
No vuelve mi primavera:  
Aquella edad hechicera  
De mi ardiente juventud,

Pasó cual rápido viento,  
Pasó como flor perdida,  
Pasó.... cual pasa la vida  
Y se hunde en el ataud.

Juan Sirera.

---

## ROUDOR DE LLOBREGAT.

### POEMA EPICO EN TRES CANTOS.

#### CANTO PRIMERO.

(Continuacion.)

#### XXXII.

No es el postrer Roudor en la batalla,  
Busca timbres que el Sino le ha negado;  
Todo á su espada cede, y su fin halla  
Cual cede al segador trigo dorado:

Como viento que al árbol avasalla  
Mientras la yerba solo ha doblegado,  
Despreciando al cobarde fugitivo,  
Tan solo para el bravo es ofensivo.

XXXIII.

Roudor quiere un laurel, anhela fama,  
Y al centro de la lid su corcel tira  
Ciego por el ardor que su alma inflama;  
A un turco contra diez batallar mira,  
Este turco el pendon de Flor infama  
Mientras cual junco su gran maza gira,  
A él no resisten yelmo ni coraza  
Y circulos de sangre á sus pies traza.

XXXIV.

Roudor al verlo con feroz mirada  
Al encuentro del turco solo avanza,  
Cierto de hacer, pensando en su adorada,  
Lo que el valor de diez juntos no alcanza:  
«Yo con mi espada, dice, ensangrentada  
En los turcos, daré á todos venganza,  
Y á los cuervos despues tu carne impura,  
Así me valga Dios y mi armadura.»

XXXV.

El turco mira al jóven que le evoca  
Mostrando compasion en su mirada,  
Sonriendo esclama: «Tu pujanza es poca  
Para la mano de esta maza armada;  
Huye, cobarde, que al cobarde toca  
En contra del que duerme alzar su espada;  
Huye, imprudente, huye, y busca gloria  
Donde mas fácil sea la victoria.»

XXXVI.

No tanto al tigre la veloz saeta,  
Ni al toro la garrocha tanto irrita,  
Como al turco el insulto del atleta;  
Arde su sangre, y la venganza escita,  
Los dientes con furor inmenso aprieta,  
De rábía el corazon de ambos palpita,  
Y cada cual las armas empuñando  
La yerba con su sangre están manchando.

# FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Barba de la Cuesta.

## SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

### CAPITULO II.

*De como Felipe de Luchex va á ver al viejo Marmok, y de la interesante historia que este le contó á aquel.*

Dos horas hacia que la noche habia tendido su negro manto sobre la ciudad de Paris, y á no ser por algunos faroles que brillaban en tal ó cual punto ante las imágenes con que los fieles habian adornado las calles, hubiera sido difícil el transitar por ellas: á pesar, pues, de la oscuridad y del frio que aquella noche se dejaba sentir con intensidad, un hombre embozado con una capa anduvo media hora cruzando calles y callejuelas hasta que por fin se detuvo en una denominada de Cluvix.

--Aquí debe vivir, exclamó nuestro hombre: esta es la calle de Cluvix. Busquemos ahora el herrero.

El embozado anduvo algunos pasos mas y llegó á lo último de la calle.

--Hola, dijo, esta debe ser la casa del herrero; pues ademas del acompasado ruido del martillo se veia un gran resplandor al través de las rendijas de la puerta. Acercóse á ella y llamó bastante fuerte.

Abrióse la puerta, y el herrero, que era un hombre rollizo y de aspecto jovial, preguntó:

--¿Qué se os ofrece, caballero?

--Deseo únicamente saber donde vive Daniel Marmok.

--Estais á dos pasos de su casa.

--¿Vive aquí al lado por ventura?

--No, habita esa casita de enfrente.

El embozado volvió la cabeza y miró la casa.

--¿No se habrá recogido aun?

--¿Lo decis porque se ve luz?

--Sí.

--Marmok está enfermo.

--¿Con que se halla enfermo?

--Sí, y cuando hoy no ha salido á la puerta á tomar el fresco, es señal que su enfermedad se ha agravado.

--¿Es acaso muy viejo ese hombre?

--Cuenta ya setenta y ocho años.

--Entonces no será extraño: ¿y qué familia tiene?

--Está solo en el mundo.

--¿No tiene á nadie? ¿Vive solo?

--Solo con un perro.

--Vaya un viejo bien desgraciado.

--El se cree muy feliz.

--Ahora lo veremos. ¿Conque en esa casa vive?

--Sí señor, ahí.

--¿Y quién me abrirá si está enfermo?

--Yo.

--¿Vos?

--Sí, tengo la llave de su casa; como vive solo y se recoge muy temprano, me da la llave para que abra cuando venga alguno á buscarle.

--Es una incomodidad para vos.

--No, nada de eso, porque como nadie viene á verle jamás, mi destino de llavero no es pesado.

--¿Nadie viene á verle?

--Solo un jóven acude una vez al mes.

--¿Un jóven?

--Un arrogante mancebo á quien Marmok le da sesenta escudos cada primero de mes.

--Tengo deseos de hablar á ese hombre singular.

El herrero salió de su casa y se dirigió á la de Marmok, cuya puerta abrió.

--Podeis entrar, dijo; cuando os vayais avisadme.

--Está bien, contestó el embozado entrando en la casita. La escalera estaba junto á la puerta y comenzó á subirla, hasta que paró en una salita decentemente amueblada.

--¿Quién va ahí? dijo una voz débil que salia de la alcoba.

--Yo, contestó el embozado.

--No conozco esa voz.

El embozado corrió la cortina de la alcoba, y libre de este obstáculo, pudo ver al viejo Marmok cuyos ojos se clavaron en él.

--¿Qué quereis, qué buscais aquí?

--¿Vos sois Daniel Marmok?

--Sí, ¿y vos quién sois?

--Yo me llamo Felipe de Luchex.

--¿Y qué tiene que decir el Sr. de Luchex á Marmok? no conozco á vuestro padre mas que de oidas, y por consiguiente no sé á qué venis aquí.

--Hoy he llegado de Madrid.

--¿De Madrid, venis de la córte de España?

--Sí.

--¿Y qué? sentáos aquí en esta silla y esplicáos.

Felipe se sentó á la cabecera de la cama. El anciano se sentó sobre ella y se puso un gaban de paño.

--¿Vos conocéis á la princesa de Evoli?

--Sí.

--¿Conocereis su letra tambien?

--Me ha escrito algunas cartas y la conozco muy bien.

--Veamos, leed esta.

Marmok tomó la carta que le entregó Felipe, y acercándose hácia el rincón de la alcoba en donde ardia una lamparilla, leyó lo siguiente:

«Entregareis á la persona que os presente esta carta todos los papeles

y alhajas que pertenecieron á Elena Caudier, reservándoos de estas últimas las de mas valor, para que vos podais con su producto proporcionaros una cómoda subsistencia todo el tiempo que os reste de vida: manifestareis á la misma persona el paradero del jóven Juan Caudier, si es que aun no está en París como supongo.—*La Princesa de Evoli.*”

Apenas hubo acabado de leer estas líneas el viejo Marmok, miró á Felipe y le dijo:

--Conozco esta letra perfectamente, y en prueba de ello ahora mismo voy á haceros entrega de todo lo que esta carta espresa.

Esto diciendo, el viejo saltó de la cama y se vistió interin Felipe le esperaba sentado junto á una chimenea apagada, cerca de la cual estaba tendido un perro tan viejo, que ni el menor movimiento habia hecho al ver entrar á Felipe.

--Caballero, dijo Marmok saliendo de la alcoba con un cajoncito debajo del brazo: aquí están esos papeles y esas alhajas de que habla la carta de la princesa.

--No lo tomaré, dijo Felipe, sin que antes vos la hayais abierto y escogido las alhajas que querais.

--Yo nada necesito. Soy viejo como veis, estoy ademas muy enfermo y pronto moriré.

--Eso solo Dios podria decirlo: Dios hace muchas veces que se sostenga la encina, que solo una débil raiz une á la tierra.

--Es verdad, jóven, pero rota esa raiz, el árbol cae del mismo modo: yo habré creido concluida mi mision sobre la tierra, tan luego como vos os lleveis esta caja.

El perro aulló lastimosamente.

Veis ese perro, añadió el viejo, hace algunos años era el mas retozon, el mas alegre de todos; yo aunque mas viejo que él estaba tambien fuerte, y ambos dábamos grandes paseos por la ciudad, ahora ni él ni yo podemos movernos de aquí: ese grito lastimero que ha lanzado, esa indiferencia cen que os ha visto entrar aquí, dicen bien á las claras que su vida como la de su amo, comienza á ser embargada por el sueño de la muerte.

--Desechad de vuestra imaginacion esas tristes ideas.

--¡Dichosa juventud! exclamó el anciano, yo tambien cuando tenia vuestros años decia lo mismo, y ahora conozco que hacia mal, pues creo que todo lo que debe decirse á un hombre de mis años, es que se disponga para el eterno viage. Ayer tal vez no hubiera muerto tranquilo.

---

### BALTASAR A UN AMIGO DE LA CORTE.

---

No creas, mi querido Homo-bono, que en esta primera de cambio vas á leer cosas estupendas, capaces de provocarte la risa; no, amigo, no es esa mi intencion, y tú mejor que otro alguno lo conoces; pero como sabes que en este pícaro mundo suceden cosas que dejan pasmados y multiplican el asombro de los mas, voy á consultarte algunas dudas que me asaltan en este momento, sobre cierto asuntillo que á nadie mejor que á tí debo confiar. Hartas pruebas me tienes dadas de aprecio, y en dis-

tintas ocasiones has acreditado ser uno de mis mejores amigos, y eso que ese dictado con que te honro, anda tan escaso entre nosotros como la prosperidad de la nacion y la constancia en las mugeres. Pero veo que sin querer he soltado la maldita, y antes de tiempo he descubierto mi juego, mezclando una frase que debia reservar para lo último de esta carta. ¡Cómo ha de ser, paciencia! y como yo creo que habré picado tu curiosidad, y rabiars por saber lo que con tanta pompa te anuncio, empiezo mi consulta, esperando de tí me ilumines sobre el particular.

¡Ay, amigo de mi alma! la lengua se me traba y las palabras se atascan en la garganta. No sé por donde empezar. Quisiera sin rodeos decir en breves palabras lo que bulle en mi mollera, y por otra ando á caza de frases huecas y sonoras, que aunque nada signifiquen, embarguen tu curiosa atencion hasta el fin de la epistola. No sé si me recomiende á Sta. Rita, abogada de imposibles, á fin de que influya por mí en esta situacion en que me encuentro, ó navegue solo y errabundo en el inmenso piélago de la vida. Duda es esta en que batallo: creo que debo encomendarme al bello sexo, y temo al mismo tiempo uno de tantos desengaños con que nos regala todos los dias. Yo creo, pues, lo mas acertado desentenderme de todo y echar por el atajo, como vulgarmente se dice, y á quien Dios le dé bendigale San Pedro, como dijo el otro, el cual, y sea dicho de paso, no sé quien es, por mas que todos le han buscado en esta tierra de promision, sin que nadie haya dado en él hasta el presente.

¡Ay, Homo-bono de mi alma! y perdóname la exclamacion que me arranca el dolor: sabe que estoy enamorado. Sí, amigo, enamorado hasta la médula de mis huesos. Y ya ves los tiempos que alcanzamos para distraernos en estas bagatelas. Pero no creas que este amor es á los de otros antiguos, como si dijéramos *cien millones mas*, no, es un amor en el último tercio de la vida; es un amor con peluquin y lentes, y cosméticos para teñir las canas, y corsé para sujetar los riñones, y pantalon sin trabillas para caminar holgado; es en una palabra un amor viejo vestido de jóven, ó como decia Larra hablando de la difunta, con trage pequeño para un cuerpo grande. Ello sí, la muchacha se lo merece, porque es como una perla preciosa, pero yo con todos mis achaques, y con la gota y la tos, y el reuma y los callos, y todos aquellos apéndices que te digo arriba, estoy hecho un azacan, y ando de ceca en meca, persiguiéndola en el paseo, en la tertulia y el teatro.... y me constituyo su escudero cuando va en carruage, y le sirvo de lacayo cuando sale á las tiendas, llevando bajo del brazo un envoltorio, ó tengo que echarme á pechos un gran vaso de sorbete cuando la encuentro en el café, porque dice que el calor es insoprtable, y todas estas cosas me son tan gratas y me hacen tan bien al estómago como los *compliments castelzaos* del portugués.

Y esto tendria pase, y seria pedir gollerías, si mi adorado tormento se concretase á estas pequeñeces, pero desgraciadamente aun falta el rabo que desollar. Como la niña es sensible y muy puesta en moda, quiere hacerme un hombre *come il faut*, un *fashionable*, y se empeña en hacerme aprender esta gerga de estrangis, y quiere que baile, y maneje la espada, y el sable y el florete, y tire á la pistola.... porque el hombre, dice, ha de tener sus puntas de calavera. ¡Yo convertido en un espadachin! ¡yo que tengo tento respeto á la ley, y que aunque he sido alcalde de barrio y concejal, no he tenido mas armas en mi casa que la rueca de la criada

y el alfilerero de mi sobrina! ¿No te parece, amigo mio, que estas no son cosas propias de la edad?—¿Pero y el amor? me contestarás; ¿y el amor que te ha inspirado esa niña?—Tienes razon; si, tienes razon; soy un torpe; lo conozco, y si lo siento, no lo callo, como callarlo debia, puesto que estoy en berlina, y cada hijo de vecino tiene libertad para regalarme algunas flores. Si, lo confieso de nuevo, soy un necio, pero digno de lástima, toda vez que sigo los caprichos de mi Adónis, y aprendo el baile.... ¡Oh! ¡si vieras con qué gracia muevo los jamones! ¡con qué ligereza hago una pirueta! La esgrima es lo único que me causa respeto, porque eso de ponerme delante del maestro, y para adiestrarme en el manejo de estocadas y mandobles, recibir recios golpes en todo mi cuerpo, eso, amigo, no me hace gracia. Pero yo me resigno, y me doy por contento y satisfecho, si cuando le hablo y le cuento mis adelantos, me regala una de aquellas sonrisas que me estasian.

¡Oh! yo seria feliz, no lo dudes, si mi bella no tuviera esos caprichos; pero al mismo tiempo, conozco que no hay atajo sin trabajo, y donde las dan las toman. Y á propósito de esto voy á concluir mi epístola, que ya es demasiado larga, contándote el último sacrificio que me impuso.

Dias pasados, la acompañaba en el paseo un perrito favorito y yo, y perdona que yo me coloque el último, porque creo quiere mas al perro que á mi; y como sabes es de rigor llevar un pañuelo de abrigo por *si forte*, aunque el calor sea insufrible, tuvo á bien hacerme depositario de esta prenda preciosa, con el item de la sombrilla. Yo que á la sazón estaba inspirado, quise decirle no sé que cosa, y ¡maldita casualidad! al mismo tiempo le dí un pisoton al tierno animalito que nos servia de guia. Estuvo á punto de haber un cataclismo. Me llamó bárbaro, me amenazó con un ataque de nervios, y cargado con el schal, el pañuelo y la sombrilla, hizo que tomára en brazos á Zelmira, este es el nombre de la perra, y con tan preciosa carga tuve que atravesar todo el paseo, siendo la irrisión de todos, que al verme de aquella manera me dicen: ¡*Ecce Homo!*

La cabeza se me vá, y yo no puedo mas. Sácame de dudas, diciendo lo que debo hacer, si no quieres que se vuelva loco tu amigo

Baltasar.

---

### REMITIDO.

Valencia y marzo 15 de 1849.

Sres. redactores del *Eco literario*.—Muy Sres. mios: Con motivo de haber visto publicado mi nombre en la *Revista edetana* de esta capital al elogiar un folleto que publiqué el 15 de junio del 48 con estas palabras: «el autor cuyo nombre nos atrevemos á proclamar, aunque sintamos ofender su nombre, es el Sr. D. Ventura Caro y Caro,» digo á aquellos Sres. redactores en prueba de mi agradecimiento lo que sigue:

«Valencia y marzo 15 de 1849.—Sres. redactores de la *Revista edetana*.—Muy Sres. mios: Habiendo leído en las últimas páginas del número 9 de su apreciable periódico un elogio á mi folleto *El imperio de la ley, la justicia y la verdad*, al que, por mas que no crea merecer, estaré

siempre agradecido, siquiera por lo que con el suyo ayudan mi buen deseo, y visto tambien publicado mi nombre, aunque con temor de ofenderme; debo asegurarles que lejos de producirme tal efecto, me honra tanto su juicio como su amistad, para que deje de repetirme agradecido, y certificando su aserto no tengo el menor inconveniente en ratificarlo, si bien mi carácter retraido me aconsejó la forma anónima que abandoné con gusto, al manifestarme ansioso de hacer un buen servicio á mi patria, poseido de la mas sincera abnegacion.

No es ciertamente al padre á quien cumple hacer los elogios de su hijo, por tanto me concretaré á decir, que mi objeto al trazar esta reforma (despues de analizar el estado actual de la sociedad) escrita bajo la dolorosa impresion de los terribles sucesos del 26 de marzo y 7 de mayo en Madrid, de que fui testigo, fue indicar el modo de hacer segura é indeleble la bien entendida libertad de los pueblos, como inespugnable el prestigio y desembarazada la aptitud de los reyes y sus gobiernos. Si la aplicacion de mis principios lo conseguiria entre nosotros, á la prensa *imparcial* toca juzgarlo.

No se trata en mi escrito de repeler la fuerza con la fuerza, toda es moral la que se emplea; ni de reprimir, castigar ni asegurar sobre ruinas la dominacion de tal ó cual bandería; se trata tan solo de conseguir que la conservacion de la paz y el orden estribe precisamente en el interés de los mismos que hoy la combaten, y la posibilidad de los gobiernos representativos, en ineludibles seguridades, poniendo tan solo en oposicion los intereses parciales de los individuos de ciertos poderes del Estado, para que la ley fundamental no pueda ser mal interpretada. Parecerá una utopia; pero el ministerio que quiera vincularse el poder mereciendo bien del país, no encontrará camino mas seguro ni espedito.

Por lo demas, lejos de haber pasado la oportunidad de esta publicacion despues de trascurridos algunos meses que ya se dió á luz, los acontecimientos contemporáneos, la marcha de los pueblos y sus gobiernos, el sentir de la prensa y de sus hombres en general, como de la discusion y discursos que se oyen en los cuerpos colegisladores, en el combate de oposicion y defensa, todo en suma justifica un pensamiento, que cierra en mi concepto la puerta á estrañas y funestas influencias, y termina la discordia disolviendo los partidos, impensados ó entendidos agentes de aquellas.

Todos hasta ahora han sabido denunciar los defectos de su adversion, pero ninguno corrigiendo el mal en las cosas; trazar para la nacion un sendero de felicidad del que no fuera fácil retroceder, una vez emprendido. Dichoso yo si mis conatos se viesen coronados con tan feliz éxito; levantando la reconciliadora bandera de paz y ventura que propongo, para aunar todos los intereses creados en pro-comunal del país. Sirvanse VV. etc."

Ruego á VV. se sirvan insertar este artículo en su apreciable periódico, en prueba de mi gratitud á mis amigos y sus cólegas valencianos, como á los de las demas provincias donde han hecho mencion honorífica á mi trabajo; y leer el egemplar que he mandado entregarles, por si tienen la dignacion de emitir su juicio con la imparcialidad con que yo he escrito. Tiene con este motivo la honra de ofrecerse á su disposicion S. S. Q. S. M. B.—V. C. y C.

NOTA. Se vende esta obrita en Madrid á 8 rs. vn., librerias de Mo-

nier, carrera de San Gerónimo, y de Tirso, calle de Carretas: en esta última está el encargo de remitir á provincias los egemplares que se les pidan por carta franca á 10 rs. vn. franco tambien de porte, acompañándole la libranza de su importe por correos, en cuyas administraciones hay prospectos de manifiesto. Se encuentra ademas en esta ciudad, casa de Cabrerizo.

---

## TEATRO.

---

### REVISTA CRITICA.

*Concierto de VIOLONCELLO por Mr. Paques.—Formacion de la nueva compañía de declamacion.*

Hoy día que el título *notabilidad* se va haciendo tan vulgar como los de conde, marques, literato, escritor, etc., un artista verdaderamente notable es ya mas, es una singularidad. Nosotros que no somos de la falange de los inteligentes, porque ni tocamos el violin ni el violon, no entraremos sin embargo en calificaciones ni paralelos; seremos *dilettanti*, y nada mas. Mr. Paques egecuta en los solos con una espresion profunda, filosófica, admirable; su afinacion é inteligencia en los pasages de ternura remueven todas las fibras del corazon humano, sometido á la mágia de una simpatía que va creciendo progresivamente hasta terminar en una merecida salva de aplausos. Artista inspirado, poeta tierno, instrumentista hábil, Mr. Paques parece haber arrebatado á Bellini el secreto de sus encantos, cuando tan fielmente reproduce los ayes que aquella alma, toda melodía, sembró en *Giulietta* y *Norma*. El público, tan sorprendido de la precision y rapidez de la egecucion del *violoncellista*, como trasportado y conmovido por la variedad y dulzura de los tonos que hacia tributar á su instrumento, llamó al artista repetidas veces á la escena, recompensando su precioso trabajo con los ecos del entusiasmo mas lisongero.

Gracias á las interesantes modificaciones que ha sufrido en su temprana edad el decreto sobre teatros, habrá compañía de baile y de verso hasta 1.º de setiembre. Segun hemos sabido, se ha creado una nueva sociedad por acciones, que está entendiendo á estas horas en la formacion de la nueva compañía de declamacion. Cuenta con los ajustes, y con los actores que se ajustan, porque el público quiere lo bueno y lo barato en todo y por todo, y no hay peor enemigo que el público cuando se empeña en que le dan gato por liebre. A ser cierto lo que se dice, los Sres. Revilla y Jover llenarán los puestos respectivos de los Sres. Guerra y del Rio; los criticos de mogollon permaneceremos en los nuestros.

La *Muta di Portici* ha producido un lleno bastante regular, pero su desempeño no ha satisfecho completamente al público. Desde luego podemos asegurar que tres obgetos le han arrancado aplausos; la acertada direccion de los bailettes, dignamente encomendada al Sr. Font; la buena egecucion de la *Muta*, representada por la Sra. del otro Font (tenor), y el aparato y movimiento interesante del drama, bastante bien exornado. En el artículo próximo nos ocuparemos de la parte lírica, no poco descuidada en la primera representacion.